

Revista Crítica Penal y Poder
2018, n° 14,
Marzo (pp.55-75)
Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos
Universidad de Barcelona



¿POR QUÉ TU GORRA SÍ Y LA MÍA NO? LOS PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD EN JÓVENES ORGANIZADOS CONTRA LA VIOLENCIA POLICIAL

*WHY YOUR CAP AND MINE DO NOT? THE PROCESSES OF IDENTITY CONSTRUCTION IN
YOUNG PEOPLE ORGANIZED AGAINST POLICE VIOLENCE*

Valeria Plaza Schaefer¹

Universidad Nacional de Córdoba

RESUMEN

En las teorías criminológicas sobre conflictualidad juvenil, con frecuencia se hace referencia a la juventud, como una categoría homogénea o limitada a cuestiones biológicas. Por eso, en el presente trabajo, en primer lugar se considera necesario analizar la noción de juventud, presentando de manera esquemática las diferentes vertientes que la analizan y se encuadra el abordaje desde una de ellas.

Se considera necesario indagar otras dimensiones de las interacciones de los jóvenes, y no sólo la del sistema penal, para poder comprender el fenómeno en su complejidad. Por ello, a través de la metodología cualitativa se pretendió analizar a los jóvenes como ciudadanos urbanos que construyen sus identidades grupales por fuera de las actividades definidas como ilegales, con pertenencias sociales que los constituyen como un sujeto colectivo. Los jóvenes entrevistados se definen como pertenecientes a una cultura juvenil y se analizan las dimensiones que se presentan como relevantes,

¹ El presente trabajo es parte de la tesis doctoral inédita titulada “La política de seguridad de la Ciudad de Córdoba en el período 2003-2013 a partir de la mirada de los jóvenes organizados contra la violencia policial y el derecho contravencional”. El trabajo de campo realizado fueron entrevistas en profundidad a jóvenes nucleados en el “Colectivo de Jóvenes por Nuestros Derechos” (en adelante, el Colectivo) y al que se hará referencia en este trabajo.

Doctora en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires) y Abogada (Universidad Nacional de Córdoba).
Profesora Asistente Fac. Ciencias Sociales de la UNC y becaria post doctoral CONICET (CIECs UNC).
Contacto: valeplaza@gmail.com

como lo son la vestimenta, la música y el uso del espacio urbano que estos jóvenes realizan, sobre todo de las esquinas y de los lugares destinados a la práctica del fútbol. Finalmente se hace referencia a las tensiones que desde la mirada de los jóvenes entrevistados se presentan en esa construcción de identidad colectiva frente en la interacción policial cotidiana.

Palabras clave: Conflictualidad juvenil- juventud(es)- culturas juveniles- identidad colectiva- prácticas policiales

ABSTRACT

In criminological theories of juvenile conflict, youth are often referred to as a category that is homogeneous or limited to biological issues. For this reason, in the present work, it is first necessary to analyze the notion of youth, presenting in a schematic way the different aspects that analyze it and assuming one approach of them.

For understand this complex phenomenon, it's necessary to investigate other dimensions of interactions of young people, and not only those that come from penal system. For this reason, through the qualitative methodology, it was analyze young people as urban citizens who build their group identities outside of the activities defined as illegal, constituting their collective subject with social belongings. The young people interviewed are defined as belonging to one youth culture and they were analyzed from the dimensions that appear as relevant, such as appearance (clothing and especially the use of cap), music and the use they make of urban space, especially concerning about the corners and places destined to practice soccer. Finally, it is mencion the tensions from the look of the young people interviewed, what daily police interaction presents in this construction of collective identity.

Key words: Youth Conflict - youth (s) - youth cultures - collective identity - police practices

I- El concepto de juventud: las vertientes desarrolladas y el abordaje seleccionado

a) El mito de la juventud homogénea y universal

Suele citarse como antecedente más remoto de la concepción moderna de *juventud* a la obra *Emilio* de Rousseau (1998, publicado originalmente en 1762) que logra separar al niño y adolescente del adulto. A partir de esta obra que se considera que los estudios sobre juventud se diversifican en al menos tres vertientes: la *pedagógica*, la *psicológica*, y la *social*². Desde la *vertiente pedagógica* se

² Con posterioridad, se desarrollan otras vertientes, que en el presente trabajo sólo se las mencionará sin analizarlas en profundidad para dar cuenta de lo interesante y rico de esas clasificaciones. Se puede citar en ese sentido a Daroqui y Guemureman (2007) que refieren al discurso *naturalista*, al *psicologicista* (que considera a la juventud como una etapa de confusión, desorientación, de inseguridad ontológica) y la perspectiva *sociologista* (en la que se enrojan las autoras) que con alguna pretensión de compensar aquellas tendencias fundadas en el pánico moral y social, que busca representar al joven como víctima, categorizan, encasillan, definen (2007, 72 a 75). Chavez (2005) más que hablar de vertientes, prefiere hablar de discursos, y así

considera al joven como un sujeto atravesado por la inestabilidad y precariedad que condiciona su vida cotidiana, en su modo de tomar decisiones y elecciones, y es por ello necesario que aprendan a gestionar sus emociones. (Casal 2002, 36)³. La *vertiente psicológica*, con un enfoque marcadamente biologicista, asume la naturalidad y universalidad de los comportamientos típicos de las personas que pasan por una etapa marcada por la edad (Dávila León 2004, 86; Margulis 2008, 10).

No obstante, como alertan algunos autores, no todos los individuos de una misma edad recorren este período de la misma manera ni logran sus metas al mismo tiempo. A partir de aquí, diversos autores comienzan a preocuparse por las formas en que la categoría juventud ha sido culturalmente construida y representada en diversas épocas y contextos sociales. Entienden que el concepto *juventud*, tal como lo plantea la vertiente psicológica, parece ubicarnos en un marco clasificatorio para enseguida confundirnos, ya que puede hacer aparecer como *lo mismo* a una variedad intolerable⁴. Se trata de un concepto esquivo, que nació entre una disputa de saberes, y que hace referencia a una construcción histórica y social y no mera condición de edad (Margulis 2001, 41).

b) La juventud como categoría social situada

Estas críticas a la vertiente psicológica dieron lugar a la tercera vertiente, denominada *social* (Perez Islas, 2008: 2), *antropológica* (Feixa, 1998: 18) o *sociologista* (Daroqui y Guemureman, 2007: 73). Desde esta perspectiva se aborda *lo juvenil* como un sector de la población con características propias según los espacios sociales donde se encuentra, que se va modificando y diversificando históricamente como producto de las transformaciones de la misma sociedad y sus instituciones. Para los autores de esta corriente, es conveniente hablar de *juventudes* o *grupos juveniles*, antes que de *juventud*, para poder hacer lugar a la diferenciación social, a las distintas clases y segmentos sociales que la constituyen.

identifica el *discurso naturalista*; el *psicologista*; el de la *patología social* y el de *pánico moral*; el *culturalista*; y el *sociologicista*. Define el naturalista y psicologicista en sintonía con las autores reseñadas con anterioridad y respecto *pánico moral* y *social*, hace referencia al que reproducen sistemáticamente los medios masivos de comunicación y que nos hace acercar a los jóvenes a través del miedo, a la idea del joven como desviado y peligroso. Respecto al discurso *culturalista*, sostiene que es el que trata de mirar a la juventud como una cultura aparte de los otros grupos de edad de la sociedad, y se incluye en este discurso el muy de moda término de *tribu juvenil*. Finalmente define el discurso *sociologista*, como aquel que representa al joven como víctima: él es producto de todo lo que pasa en la sociedad y estas representaciones articulan un discurso que también quita agencia al joven (Chavez 2005, 3 y 4).

³ Este cambio de actitud no surge de forma casual sino que responde a modificaciones sociales y conceptuales de largo alcance y que en nuestro país tuvo un fuerte desarrollo a fines del siglo XIX y principios del siglo XX con el positivismo criminológico argentino.

⁴ Braslavsky (1986) plantea el mito de la juventud homogénea, que consiste en identificar a todos los jóvenes con algunos de ellos, con las cualidades de algunos de ellos. Los mitos más comunes que reseña son: 1. La *manifestación dorada de los jóvenes*, donde se tiende a identificar a todos los jóvenes con los privilegiados, que poseen tiempo libre y disfrutan del ocio y, todavía más ampliamente, de una moratoria social, que les permite vivir sin angustias ni responsabilidades; 2. La interpretación de la *juventud gris*, por la que los jóvenes aparecen como los depositarios de todos los males, y la mayoría aparecen como desocupados, delincuentes, pobres o apáticos; y 3. La *juventud blanca*, en la que los jóvenes son esos personajes maravillosos y puros, participativos y éticos que salvarían a la humanidad, que harían lo que no pudieron hacer sus padres (1986, 13).

Esta forma de entender la(s) *juventud(es)* propone incorporar diferentes categorías al análisis para poder dar cuenta de la diferenciación social y cultural que atraviesa el objeto de estudio⁵. Para algunos autores de esta corriente, el concepto de juventud es una *categoría construida* sin ninguna concreción empírica (corriente negacionista)⁶, pero la mayoría sostiene que se trata de una condición constituida por la cultura pero que tiene una base material vinculada con la edad.

El presente trabajo se enmarca en esta perspectiva de juventud, como categoría social construida que plantea que si bien no tiene una existencia autónoma, es decir, al margen del resto social, abarca sujetos que se encuentran inmersos en la red de relaciones y de interacciones múltiples y complejas y es necesario situarlos para comprenderlos (Margulis y Urresti 2008, 16). No niegan la categoría sino que sitúan al sujeto juvenil en un contexto histórico y sociopolítico (Margulis 2001, 41; Reguillo 2000, 49; Elizalde 2013, 43; Chavez, 2005: 33).

II- El enfoque de las culturas juveniles

a) Las culturas juveniles como objeto empírico y como campo académico

Y dentro de esta vertiente de la(s) *juventud(es)* como categoría social situada, aparece el campo de estudios de las *culturas juveniles*, que se ha venido constituyendo desde mediados del siglo XX como un área específica de producción académica dentro de las ciencias sociales⁷. El surgimiento de este campo de estudio se relaciona con la emergencia y visibilización de grupos juveniles en los espacios urbanos y con la aparición de nuevas formas de encuentro entre jóvenes, que inciden en los procesos de identificación juvenil, marcados por relaciones de diferenciación grupal entre los pares y los otros (Garcés Montoya 2005, 122). Estos procesos de identificación empiezan a encuadrarse bajo la noción de *culturas juveniles*, y esta noción se considera útil para el presente trabajo por las razones que se esbozan a continuación.

⁵ Este enfoque discute no sólo con la tradicional conceptualización biológica, sino también con algunos enfoques culturalistas que llegan a considerar a la juventud como un mero signo. Sostienen que la juventud es una categoría socialmente constituida, que alude a fenómenos existentes, posee una dimensión simbólica pero también tiene que ser analizada desde otras dimensiones: aspectos fácticos, históricos y políticos. Ver Sarlo (1994); Urresti (2000); Chaves (2006) y Reguillo (2000).

⁶ Bourdieu con su polémica afirmación “la juventud no es más que una palabra”, está haciendo referencia a que se trata de una categoría construida (1990, 164).

⁷ Se considera que el enfoque de las culturas juveniles se enmarca en la perspectiva de la(s) *juventud(es)* como categoría situada, ya que asume la diferenciación social y sobre todo cultural que atraviesa a los jóvenes en un lugar y tiempo determinado y propone focalizar el análisis de algunas de aquellas interacciones que considera relevantes para comprender los complejos entramados de diferentes grupos juveniles urbanos. Una de las autoras pioneras que desde esta perspectiva analiza la noción de culturas juveniles en relación con los jóvenes de sectores populares es Reguillo (2000), como una forma de analizar las estrategias emprendidas por estos jóvenes frente a los estigmas sociales construidos y reafirmados por las vertientes pedagógica y psicológicas descriptas.

En primer lugar, porque se diferencia de las nociones de *pandillas o bandas* que se utiliza en el enfoque de la subcultura delictiva⁸. Este enfoque surge de las líneas teóricas sobre delincuencia juvenil empleadas en Europa y Norteamérica, pero se considera que no necesariamente son útiles para las lecturas de nuestras realidades latinoamericanas (Garcés Montoya 2005, 16 y 17). Esta noción de *banda* o *pandilla* remite a un fenómeno social específico, analizado en las grandes metrópolis norteamericanas a partir del proceso de industrialización y las consecuencias sociales que se derivaron del rápido crecimiento urbano. En cambio, la noción de culturas juveniles permite un campo de estudio más amplio, ya que reconoce la complejidad y dinamismo que caracteriza a los grupos de jóvenes en los contextos analizados.

En segundo lugar, porque no concibe a los jóvenes solamente como grupos refractarios, que se enfrentan y oponen a los valores y las normas sociales (Feixa 1998, 84). Se considera que este enfoque evita presentar a las juventudes como víctimas, que es la crítica que Chávez (2005, 3) realiza a algunas vertientes del enfoque sociologicista y por ello se lo utiliza en el presente trabajo.

Las culturas juveniles, desde una mirada analítica, se componen de las diversas y múltiples micro-expresiones juveniles que la componen (Duarte 2005, 15 a 17) y están atravesadas por una cultura social heterogénea más amplia. De este modo, se considera que la referencia a la noción de *culturas juveniles*, si bien es muy amplia como la mayoría de los conceptos referidos a la cultura, permite comprender dimensiones relevantes para el presente trabajo al analizar los diferentes modos de ser de los jóvenes y por otra parte, expresa la forma como éstos construyen su realidad en relación con la cultura que los rodea.

b) Aproximación al concepto de identidad. La pertenencia social y las identidades colectivas

Con base en lo anterior, es importante señalar que la relación que existe entre la pertenencia a una cultura juvenil y los procesos de construcción de identidad colectiva que esos jóvenes construyen. No en todo grupo de jóvenes se producen los constitutivos identitarios, de hecho, algunos autores prefieren hablar de *procesos de identificación colectiva*⁹. Sin embargo, y reconociendo sus diferencias, a los fines del presente trabajo, se remitirá a la noción de *identidad social juvenil* y para poder describir este proceso, se considera necesario referir antes a las nociones de *identidad individual y colectiva*, de manera sintética y escogiendo los autores más significativos.

Las teorías de la socialización más frecuentes para explicar el proceso de adquisición, de formación y de desarrollo de las identidades individuales proponen como tesis central que las identidades se aprenden en el proceso de interacción social y que la identidad de un individuo se define principalmente por el conjunto de sus pertenencias sociales. Las *pertenencias sociales* constituyen, paradójicamente, un componente esencial de las identidades individuales. Simmel (2011), uno de los

⁸ La teorías subculturales que analizan la delincuencia juvenil que utilizan la noción de banda o pandilla son numerosas y diversas. Cabe citar a los precursores como Park (2008, 119 publicado originalmente en 1915), Cohen (1955); Cloward & Ohlin (1960); y Miller (1958).

⁹ Se trata de un extenso debate que se plasma sobre todo en la literatura antropológica y que no se pretende abordar. Se remite a Grimson (2010) para su análisis. Éste autor introduce el concepto de *caja de herramienta identitaria*, como un conjunto de clasificaciones disponibles con las cuales sus miembros pueden identificarse a sí mismos e identificar a los otros (Grimson 2010, 11 y 12).

referentes de esta teoría, afirma que la multiplicación de los círculos de pertenencia, lejos de diluir la identidad individual, más bien la fortalece y circunscribe con mayor precisión (2011, 30 y ss.).

¿Pero cuáles son, concretamente, esas categorías o grupos de pertenencia? Según los autores consultados las categorías más importantes – aunque no las únicas – serían la clase social, la etnicidad, las colectividades territorializadas (localidad, región, nación), los grupos de edad y el género. Tales serían las principales fuentes que alimentan la *identidad individual*. Añaden que, según los diferentes contextos, algunas de estas pertenencias pueden tener mayor relieve y visibilidad que otras (Giménez 2003, 5). Además, afirman que la auto-identificación del sujeto tiene que ser reconocida por los demás sujetos con quienes interactúa para que exista *social y públicamente*. Esto es lo denomina como *identidad espejo* o el fenómeno de *Anerkennung, de reconocimiento* de Hegel (Bourdieu 1990, 142; Giménez 2003, 10). Pero de aquí no se sigue que seamos *prisioneros* de cómo nos ven los demás. Goffman (1989, 265) postula la producción situacional (o dramática) del *self* del que se infiere que la identidad de los individuos resulta siempre de una especie de compromiso o negociación entre *autoafirmación* y *asignación identitaria* (entre *auto-identidad* y *exo-identidad*). Es decir, la identidad es construida desde una perspectiva dramática y donde las identificaciones grupales son claves en la lealtad dramática, de *dramatización de la identidad* (Reguillo 2000, 99).

Por otra parte, se considera que no es posible definir las *identidades colectivas* por analogía con las identidades individuales. Esto significa que ambas formas de identidad son a la vez diferentes y semejantes entre sí: en primer lugar porque los grupos y otras categorías colectivas carecen de autoconciencia; y en segundo lugar porque, contrariamente a la concreción corporal de las identidades individuales, las colectivas no constituyen entidades nítidamente delimitadas. Por lo que debe evitarse su personalización abusiva, ya que además son un acontecimiento contingente y a veces precario producido a través de un complicado proceso social que el analista debe dilucidar (Giménez 2003, 12).

Melucci (1990), desde la *teoría de las identidades colectivas*, construye el concepto de identidad colectiva como categoría analítica que abarca una gran variedad de fenómenos empíricos como movimientos sociales, conflictos étnicos, acciones guerrilleras, manifestaciones de protesta, huelgas, motines callejeros, movilizaciones de masa, etc. Aunque se manifiesta como una *unidad empírica*, la acción colectiva es producto de procesos sociales múltiples y heterogéneos. (Melucci 1990, 70). Así para el autor, la identidad colectiva de tales actores implica “la permanencia en el tiempo de un sujeto de acción, concebido como una unidad con límites que lo distinguen de todos los demás sujetos, aunque también se requiere el reconocimiento de estos últimos” (Melucci 1996, 66). Todo se reduce, entonces, a identificar en qué radica la *unidad distintiva* de esos peculiares sujetos de acción que son los actores colectivos. Sostiene que la unidad distintiva de los actores colectivos radica en la definición *interactiva y compartida* -producida por cierto número de individuos o grupos en un nivel más elevado- concerniente a las orientaciones de su acción y al campo de oportunidades y constreñimientos dentro del cual tiene lugar la acción (Melucci 2001, 70).

Tomando como punto de partida el análisis de Goffman respecto a la *identidad individual*¹⁰, es que se analizan qué elementos son construidos y negociados a través de procesos recurrentes de activación

¹⁰ Se refiere a que los sujetos deben actuar como si hubieran aceptado ciertas obligaciones morales y el mayor riesgo que encuentra el autor, es que los miembros del equipo no establezcan vínculos afectivos con el auditorio para que no rompan con esa lealtad. Para evitar eso, una técnica básica es desarrollar una fuerte solidaridad grupal dentro de sus propias filas; y otra técnica es el cambio periódico de auditorio (Goffman, 1989: 227-230).

de las relaciones que mantienen unidos a los actores. En consecuencia, se afirma que las identidades colectivas deben ser vistas como *sistemas de acción*, y no como *sujetos* que actúan con la unidad de propósitos (Melucci 2001, 70). Es por ello que se analizan en el presente trabajo aquellos elementos que ponen en tensión los procesos de construcción de identidad grupal de los jóvenes objeto de estudio, sobre todo en el análisis de la interacción con la agencia policial. Estos elementos son definidos a través de un *lenguaje compartido* por un grupo específico, y son incorporados a un conjunto determinado de rituales, prácticas y artefactos culturales.

Desde esta perspectiva la identidad colectiva puede concebirse como la capacidad de un actor colectivo para reconocer los efectos de sus acciones y para atribuir estos efectos a sí mismo. En conclusión, según Melucci (1990), la identidad colectiva define la capacidad para la acción autónoma así como la diferenciación del actor respecto a otros dentro de la continuidad de su identidad. Pero también aquí la auto-identificación debe lograr el reconocimiento social si quiere servir de base a la identidad. La capacidad del actor para distinguirse de los otros debe ser reconocida por esos *otros*. Por lo que entonces para el autor resulta imposible hablar de identidad colectiva sin referirse a su dimensión relacional. Vista de este modo, la identidad colectiva comporta una tensión irresuelta e irresoluble entre la definición que un movimiento ofrece de sí mismo y el reconocimiento otorgado al mismo por el resto de la sociedad (1990, 73).

Se afirma entonces que las identidades sociales colectivas no son mono-causales, sino que por el contrario están compleja y multidimensionalmente articuladas en un conjunto de elementos sociales, económicos, políticos. Por ello, corresponde analizar las *dimensiones* que componen las identidades juveniles, ya que se considera que los escenarios culturales en los que emerge la experiencia juvenil son múltiples y heterogéneos (Duarte et al 2001).

III- El caso de estudio: El colectivo de Jóvenes por Nuestros Derechos. Metodología y breve caracterización

A lo largo del período analizado en la tesis que origina el presente trabajo (2003-2013), se consolidaron diferentes grupos organizados y espacios de resistencia a la política de seguridad implementada, y uno de ellos es *el Colectivo*. La selección del mismo se debió a su permanencia en el tiempo, la factibilidad de acceso al campo y otras características relevantes que se reseñarán en el presente trabajo¹¹. Se trata de un colectivo que nuclea a diferentes jóvenes de la ciudad de Córdoba y en el trabajo de campo se indagaron sus miradas sobre la política de seguridad y sus propias percepciones de inseguridad, entre otras dimensiones.

Se seleccionaron para entrevistar a los jóvenes varones que integran la organización desde sus inicios. En el presente trabajo sólo se hará referencia a los aspectos relacionados con los procesos de

¹¹ La permanencia en el tiempo se refiere a que el mismo comienza a gestarse en el 2006, y en noviembre del 2007 realizan su primera actividad pública, la primer Marcha de la Gorra y se mantiene hasta la actualidad. La factibilidad de acceso al campo está dada ya que en sus inicios, acompañó a la organización en los aspectos jurídicos y eso generó un vínculo de confianza que se mantuvo a lo largo de los años de su existencia, lo que permitió una aproximación al campo de manera diferencial. Las características relevantes de la organización que fueron tenidas en cuenta para la selección, fueron justamente es que una de las pocas organizaciones en la ciudad de Córdoba en la que la razón del agrupamiento es la violencia que el sistema penal (policía) ejerce sobre ellos. Es decir, se considera que existen múltiples organizaciones juveniles que denuncian esta violencia, pero es sólo el Colectivo quien hace de eso, su motivo de organización.

construcción de identidad colectiva y su mirada sobre su pertenencia a una cultura juvenil que surgieron en el trabajo de campo y se intentará relacionarlo con los debates teóricos analizados. Se realizaron además observaciones participantes de las reuniones y otras actividades que se organizaron (marcha, intervenciones, talleres) a lo largo de dos años y se hizo un seguimiento mediático y de sistematización de otras fuentes secundarias (documentos de la marca, entrevistas a sus miembros, volantes, etc.).

a- La pertenencia social politizada del Colectivo

En relación con la teoría la identidad analizada, se considera que esta pertenencia social a un grupo organizado constituye un componente esencial de las identidades individuales de quienes lo componen (Simmel 2011, 30 y ss.). En el caso analizado, la pertenencia de los jóvenes entrevistados está dada por la clase social y la edad (entre 18 y 30 años). Los jóvenes pertenecen a sectores económicos bajos, y esto se desprende de las menciones que los mismos hacen respecto a la necesidad de trabajar desde niños y el abandono escolar temprano por ese motivo, como también otras limitaciones económicas que señalan en sus hogares de procedencia. Se tratan de jóvenes de sectores populares (los barrios de procedencia son considerados como *peligrosos* o altamente vulnerables para la política de seguridad local¹²) para quienes la pertenencia barrial tiene una fuerte importancia, se identifican con la cultura barrial de la que provienen.

Cesar: “El barrio es característico porque te vestís así (señala su ropa). Es como, como un contagio. Es como que el barrio ya tiene su cultura... por ejemplo vas a otro lado y tienen sus comidas típicas, sus cosas, bueno los barrios también tienen eso”.

Reafirman esta idea de que se consideran a sí mismos como parte de una cultura, pero no se definen como refractarios o contestatarios, como se observó en la definición de *bandas* o *pandillas* antes esbozada. Se sienten parte de una cultura social más amplia, heterogénea en la que disputan sentido. Para los jóvenes entrevistados, la pertenencia a una cultura juvenil¹³ que es estigmatizada socialmente como peligrosa, se presenta como una pertenencia social politizada, que aparece más visible que otras (Giménez 2003, 5).

¹² Los entrevistados pertenecen a diferentes barrios urbano-marginales: San Antonio, Malvinas, Villa Adela, Arguello Norte- 9 de julio, Villa el Sauce y Villa el Tropezón. Todos estos barrios son considerados como barrios altamente conflictivos por la política de seguridad provincial, motivo por el cual se encuentran dentro de los trece barrios que se encuentran abarcados por el Programa de Ocupación Territorial. Se trata de un programa cuyo objetivo consistía en “minimizar y controlar cualquier desborde o acto vandálico que pueda ocurrir en sectores vulnerables de la ciudad” e implementa un patrullaje por tierra y un aéreo, con helicóptero, que se convirtió en el más visible por su frecuencia diaria y espectacularidad.

¹³ Tal como se referenció en el apartado anterior, se entiende que existen múltiples culturas juveniles, y que al interior de las mismas se encuentran atravesadas por la heterogeneidad de los grupos juveniles que la integran y la cultura en la que se hayan insertas. Se hace referencia a *una* cultura juvenil, como noción útil para caracterizar la cultura que los jóvenes describen y dicen pertenecer, y desde donde construyen identidades colectivas compartidas. Sostener que pertenecen a *una* cultura juvenil de ninguna manera pretende presentarla como un colectivo rígido o institucionalizado, sino que permite situarlos a los jóvenes entrevistados en un momento y lugar determinado, que comparten algunas características de la literatura referenciada y otras no.

b- La acción colectiva de una unidad empírica: la solidaridad y las pasiones como dimensiones compartidas

En consonancia con lo esbozado anteriormente, la identidad colectiva de los jóvenes entrevistados no puede ceñirse solamente a las dimensiones compartidas con quienes integran El Colectivo, sino que se tratan de dimensiones relacionales, en donde comparten elementos de la cultura social en la que están insertos y de la cultura juvenil de los jóvenes de sectores populares. Una cultura juvenil de jóvenes de sectores populares que para los jóvenes está atravesada por el estereotipo de conflictividad que se les asigna social y penalmente. No se tratan de compartimentos estancos, sino que dialogan, tensionan y negocian entre sí, y a continuación se analizarán algunos de ellos.

El *Colectivo* como organización, se trata de una *unidad empírica*, con las características esbozadas por Melucci (1990) donde la acción colectiva es producto de procesos sociales múltiples y heterogéneos (1990, 70). En ese sentido, cabe destacar que la acción directa central que los jóvenes realizan anualmente es la Marcha de la Gorra¹⁴. Ésta se organiza junto con otros jóvenes, en espacios de reunión asamblearios donde construyen y negocian relaciones que los mantienen unidos como actor colectivo. En los espacios de toma de decisiones, los jóvenes del Colectivo construyen consenso con los otros organizadores de la marcha, pero se presentan siempre como una sola voz, como un *sistema de acción con unidad de propósito* (Melucci 2001, 70).

Y uno de los elementos centrales que definen ese sistema de unidad de acción, es el involucramiento emocional en su propia definición de la identidad colectiva. Este involucramiento permite a los individuos sentirse parte de una común unidad y conforma una manera específica de incorporar rituales y prácticas culturales. Por eso la identidad colectiva nunca es enteramente negociable. En efecto, la participación en la acción colectiva comporta un sentido que no puede ser reducido al cálculo de costo-beneficio, ya que siempre moviliza también emociones (Melucci 1990,70). En ese sentido, aparece entonces la alegría, la necesidad de sobresalir, de mostrarse de diferentes formas para de los jóvenes de esa cultura. Existe una fuerte solidaridad grupal entre sus filas (Goffman 1989, 227-230) y la fase de cohesión y solidaridad descrita por Giménez (2003, 13) aparece en forma de buen trato, amigable entre ellos, incluso aunque sean desconocidos.

Bocha: “yo creo que nuestra cultura se caracteriza por la alegría, primero, porque digamos, casi siempre hay una sonrisa y casi hay un: ¿Qué onda amigo? Eh, no se pocas veces he tenido respuesta negativa cuando salude a un loco a una loca que no conozco pero que me salió del alma decirle: ¿eh loco, qué onda? O cuando el chabón viene y te quiere vender la revista La Luciérnaga¹⁵, o cuando te limpian el vidrio, así: ¡eh amigo! Como que siempre esta esa forma de que la puerta está abierta, digamos”.

¹⁴ La primera se realizó en el 2007 y fue incrementando en cantidad de gente y de organizaciones que se suman a organizarla año a año. Ya en el 2010, la marcha llegó a juntar alrededor de mil personas que pacíficamente entre altavoces, panfletos, bailes, caras pintadas y carteles expresaron su repudio a la política de seguridad en general y específicamente a la aplicación sistemática del Código de Faltas. En el 2011 se juntaron más de 5.000 (cinco mil) personas y en el 2013, la marcha de la “La Gran 7”, los organizadores hablaron de 15 mil asistentes. Ese año se convierte así en la segunda marcha de toda la provincia en convocatoria (la primera más concurrida es la del 24 de marzo, aniversario del Terrorismo de Estado del '76 y es feriado nacional).

¹⁵ Se trata de una revista producida por una ONG que trabaja con jóvenes en situación de calle. Son ellos los que –previa capacitación– producen la revista y la venden en la vía pública de la ciudad de Córdoba. Un

c) **La dimensión de la apariencia: la vestimenta, la música y el lenguaje**

Para los autores consultados existen algunos elementos que desde el enfoque de las culturas juveniles se consideran como dimensiones constitutivas de identidad colectiva: la vestimenta, el lenguaje y el consumo. Y en este plano, analizando las juventudes de sectores medios o altos, se refiere a la juventud meramente *como un signo* de nuestra cultura, ya que revela los valores predominantes y las modalidades actuales en el plano de la estética: es prestigioso ser joven (Margulis 2001, 52; Carballo 2005, 9). Sin embargo, existen otros autores que complejizan esta mirada de la estética como un conflicto o problema y sostienen que tanto esta dimensión- así como la música, el lenguaje, las prácticas culturales y las actividades focales- constituyen materias primas de la identidad juvenil. Reguillo (2000) considera que la ropa, por ejemplo, cumple un papel central para reconocer a los iguales y distanciarse de los otros. Afirma que en la actualidad, hemos entrado a una fase acelerada de producción social de formas estéticas masivas y producción de consumo cultural, haciendo referencia a lo que ella denomina *efecto Nike* (Reguillo, 2000: 81).

El vestuario, el conjunto de accesorios que se utilizan, los tatuajes y los modos de llevar el pelo, se han convertido en un emblema que opera como identificación entre los iguales y como diferenciación frente a los otros (Reguillo, 2000: 97 y 98). Entonces, tal como se formuló cuando se hizo referencia a la *dramatización de la identidad* (Goffman, 1989), se sostiene que toda identidad necesita *mostrarse*, comunicarse para hacerse real, lo que implica la utilización de la dramaturgia de aquellas marcas, atributos y elementos que le permitan desplegar su identidad (Reguillo 2000, 99).

Estas dimensiones de la apariencia –la vestimenta-, el lenguaje y el consumo de los bienes culturales- han sido desarrolladas por algunas de las investigaciones sobre conflictividad juvenil en Argentina. En un primer momento, vinculadas al fenómeno del *pibe chorro*, como los son los estudios de Miguez (2003 y 2004) que analiza la violencia delictiva juvenil en la *década perdida* (los noventa) en el conurbano bonaerense y afirma que “pibe chorro no se nace: se hace” (2004: 85); y Tonkonoff, que analiza cómo los jóvenes que incursionaron en actividades ilegales buscan una *identidad* a través del acceso a determinados consumos, espacios y actividades que constituyen la forma socialmente aceptada de ser joven (1998:5). Éste último autor introduce el concepto de *estrategia de reproducción* en procura de componer una imagen más adecuada del infractor juvenil popular urbano. En relación con los aportes significativos para el presente trabajo, cabe destacar el interrogante que se plantea acerca de qué pasaría si frente a un joven infractor enfatizáramos más su condición juvenil y menos su conducta delictiva (2007: 41), afirmando que “los *pibes chorros* son, ciertamente, más pibes que chorros” (2007b: 6). En el mismo período, Alarcón con su libro “Cuando me muera quiero que toquen cumbia” (2012, 1° edición 2003), inaugura una nueva forma de hacer periodismo policial en Argentina, que genera múltiples adhesiones y ciertas generalizaciones (incluso idealizaciones) de un fenómeno estudiado en un contexto determinado (Provincia de Buenos Aires) y desde una marco teórico cultural (de la subcultura delictiva), que pretendía justamente complejizar la mirada del *joven productor de inseguridad*, como un joven pasivo destinatario de la política criminal que hasta entonces la criminología crítica había caracterizado. Esta corriente hacía hincapié en la condición de *no sujeto* de estos jóvenes, que sienten sobre su persona el despliegue de los efectos más contundentes de un poder punitivo que se recuesta sobre una fuerte concepción de la peligrosidad, construida en base a la humillación de los más vulnerables. El riesgo de esta perspectiva y que fue mencionada en

porcentaje de la venta está destinada al vendedor y otro a la mantención de los costos que la impresión de la misma genera.

la crítica la perspectiva sociologicista de la juventud, es que considera a los jóvenes como *sujetos pasivos*, es decir, objeto de las políticas de seguridad, que asumen pasivamente la etiqueta de productores de inseguridad y se deja de lado otras dimensiones culturales en estos jóvenes y que por cierto, surgen de los jóvenes entrevistados (Puebla 2012, 11, Daroqui 2003: 3).

Es por ello que se consideran relevantes los aportes de estos estudios sobre el fenómeno de los *pibes chorros*, sobre todo en relación a las conceptualizaciones que los autores realizan sobre las dinámicas barriales y las acciones o estrategias de los jóvenes en relación con el sistema penal. Sin embargo, cabe citar también como numerosas investigaciones fueron complejizando la caracterización de fenómeno, e incluso el mismo Miguez (2008) posteriormente sostiene que esta subcultura posee, como cualquier otra, lazos en tensión con la cultura hegemónica, que explican la indeterminación con la que estos jóvenes pueden reivindicar el delito en la esfera ilegal y a la vez, intenta integrarse al mundo *legal* (2008, 22). Kessler analizando las características de las trayectorias educativas de los jóvenes que delinquen en Buenos Aires, concluye que delito y experiencia escolar no son mutuamente excluyentes, como sostuvieron las teorías criminológicas clásicas, sino que los jóvenes establecen relaciones complejas con las instituciones escolares. Analiza la movilidad lateral de acciones legales e ilegales de los jóvenes (2012, 122) y observa además la dimensión del consumo, la omnipresencia de la muerte y los barrios como lugares segregados para los jóvenes (2012, 136 y 137).

Por otra parte, Cozzi (2013) problematiza las explicaciones tradicionales acerca del delito, la violencia y los jóvenes transgresores y plantea dos cuestiones centrales: la primera, la proximidad entre los *mundos convencionales* y los *mundos desviados*; y en segundo lugar, plantea que los usos de la violencia letal entre jóvenes no son ni irracionales, ni caóticos, sino que están cargados de sentido y fuertemente regulados (2013, 188).

Rodríguez Alzueta (2016) discute el mito del pibe chorro, afirmando que fueron caracterizados más bien como una proyección de nuestros fantasmas, como “un constructo socio-cultural tributario de imaginarios sociales entrenados en la descalificación” (2016, 25). Propone analizar las transgresiones de los jóvenes como conflictividades sociales complejas donde concurren múltiples factores (2016, 21) y las estrategias contra las estigmatizaciones para hacer frente el olfato policial como prácticas situadas (2016, 24).

Se considera entonces que frente a la construcción de *pibe chorro como hiperreal* (Rodríguez 2016, 117), en el presente trabajo se propone analizar a jóvenes en los lugares donde cotidianamente habitan, permitiendo así visualizar la heterogeneidad de estos grupos. Comprender y entender las formas de sociabilidad y de construcción de identidad colectiva como prácticas situadas, parciales siempre y permeables del contexto social en el que se hayan insertos. Se trata de jóvenes de sectores populares en donde por lo tanto, el valor de la estética no se presenta como signo de la cultura predominante (el prestigio de ser joven descrito por Margulis; 2001, 52) sino que estos jóvenes resignifican atributos sociales considerados negativos (ser negro). La vestimenta aparece ligada a una cultura juvenil que se vincula con la pertenencia a determinados barrios.

*Cesar: “Aparte, vamos a ser sinceros, tenemos la misma vestimenta.
El barrio es característico porque te vestís así (señala su ropa).*

En los jóvenes entrevistados se reafirma esta idea desarrollada por Reguillo (2000) de que la dimensión de la apariencia, la estética puede presentarse como materia prima de identidad juvenil. La autora sostiene que los bienes culturales no son solamente vehículos para la expresión de las identidades juveniles, sino dimensión constitutiva de ellas (2000: 81).

Bocha: “es muy lindo esa parte, porque es una cultura que a mí me da una identidad y un orgullo zarpado, y se ve así como estoy mirá: zapatilla de marca más o menos, limpita, pantalón medio bajo y una remerita; las chicas así bien bonitas, con su escote (...). El color de piel, el peinado, toda una cultura (...) Cuando yo digo que alguien es negro, no es por su color de piel solamente, sino justamente por esa cultura”

Otra dimensión citada también desde este enfoque de las culturas juveniles es la música. La música para muchas de las culturas juveniles es considerada no sólo como una opción de vida (entendida como individual) sino y ante todo, como un proyecto vital colectivo (Garcés Montoya, 2005: 22). El cuarteto en Córdoba se presenta como la música preferida de los jóvenes de los sectores populares¹⁶ y en los jóvenes entrevistados aparece la referencia *la Mona*¹⁷, como un ídolo popular que sintetiza la cultura cuartetera.

Bocha “soy re carteludo y voy al baile de la Mona, y soy de San Antonio, que la Mona sabe que es de San Antonio”.

César: “si salgo al baile y tengo un tatuaje de La Mona, yo soy de La Mona”

d) La gorra como bien cultural y la construcción de la portación de rostro

Se destaca que determinados accesorios, como la gorra, se presenta para ellos como bienes culturales que los identifican, como signos de una cultura.

Juan: “vos ves por ejemplo a un pibe que tiene una gorra y decís, ¡ah que buena que esta la gorra! Y más o menos te compras una parecida... no se la quemas, pero te compras una parecida”

¹⁶ El ritual del baile de cuartero es analizado por Previtali (2011) y Blázquez (2011), donde se da cuenta de la importancia de los bailes para algunas culturas juveniles y se analizan las formas de clasificación que se juegan en la estructuración de los procesos de subjetivación entre los y las jóvenes que los frecuentan.

¹⁷ Juan Carlos Jiménez Rufino, más conocido como La Mona Jiménez, se ha constituido como un símbolo de la cultura cuartetera. Es característico de sus presentaciones un idioma de señas manuales mientras canta. El lenguaje de señas fue inventado por él a lo largo de los años, y representa con letras del alfabeto, los barrios de la ciudad de Córdoba. Generalmente el cantante saluda con esas señas a los asistentes al baile de esos barrios. Y por eso, barrios que no son conocidos o son más bien estigmatizados por inseguros, en el baile son reconocidos y saludados por el cantante.

La organización toma ese signo, la gorra y la convierte en consigna política. La marcha, que cada año tiene una consigna diferente que es discutida entre todos los organizadores de la marcha, en su primera edición (2007) acordaron: “¿Por qué tu gorra sí, la mía no?”. Con esto refieren que los jóvenes sostienen que justamente aquellas *marcas* de su cultura (la gorra, la forma de cortarse el pelo, la vestimenta, un tatuaje) son utilizadas por la policía como signos del estereotipo penal y por lo tanto, de persecución policial.

Ramiro: “las marcas que toma la policía para detener son la cara, la forma de cortarse el pelo, la forma de vestirse, la clásica gorra”.

Juan: “si ven, así, dos jóvenes así, pum, con gorrita así, ahí los va a detener, así, vestidos de cierta forma, así los va a detener”.

Ramiro: “gustos son gustos...y porque yo tenga mi gusto de usar mi gorra cruzada eso no quiere decir que ande robando, ¿no?”

La relevancia de la gorra como signo de la detención puede también desprenderse de numerosos informes académicos, periodísticos y políticos. Uno de ellos es la investigación realizada durante 2012 en la ciudad de Córdoba (Balcarce, 2013), donde se señala que el 54 % de los detenidos pertenece a sectores sociales bajos y el 33% de los jóvenes detenidos señaló haber tenido gorra o capucha al momento de la detención (Balcarce y otros, 2013: 19). Estos datos no pueden ser contrastados con datos oficiales debido a la falta de información por parte de los responsables de las agencias estatales correspondientes ya reseñada pero fue tomada por diferentes medios de comunicación y el matutino local *Día a Día* publicó una *radiografía del detenido* en ocasión de la publicación del mencionado informe¹⁸.

Los jóvenes relatan que la vestimenta o la gorra influye pero no es lo único: ser joven y provenir de los barrios de donde ellos provienen es suficiente para la interacción policial cotidiana. Con esto, hacen referencia a que la pertenencia a la cultura juvenil está dada también por otras dimensiones (por la forma de caminar o de hablar) y que los policías identifican.

Bocha: “los chabones tienen un identikit de la juventud, de las personas que tienen que detener, digamos, y en ese identikit entra un estudio de nuestra cultura, digamos, ellos saben quién pertenece a una clase pobre, y quienes no, por más que estemos vestidos... mira yo tengo unas zapatillas de 500 pesos”.

e) La reinención del territorio: la esquina y el fútbol

Feixa (1998) afirma que determinados espacios urbanos como la esquina, la calle, se convierten en elementos distintivos en los procesos de construcción de identidad (1998, 20). Esta dimensión permite trabajar la relación entre la reorganización geopolítica del mundo y la construcción-apropiación que hacen los jóvenes de *nuevos* espacios a los que dotan de sentidos diversos al

¹⁸ Fuente: Diario *Día a Día* edición del 21 de octubre de 2013. Disponible en http://www.diaadia.com.ar/files/radiografia_del_detenido.jpg (consultada el 26 de noviembre de 2015).

trastocar o invertir los usos definidos de poderes. Por ejemplo, al dotar a *la esquina* del barrio de funciones múltiples como escuchar música o realizar ceremonias colectivas de consumos de drogas (Reguillo, 2000: 145 y 146).

EN el presente trabajo se indaga sobre el peso que tiene en la voz de los entrevistados y se indaga sobre que otros espacios públicos son utilizados por ellos. Los jóvenes sostienen en primer lugar que abandonaron los lugares de diversión como la plaza, principalmente por la interacción policial y porque esos lugares están destinados a un uso más familiar, de niños.

César: “por la cana no hay muchos lugares de diversión para nosotros. Por ejemplo, antes era la plaza donde vos te podés sentar. Hoy en día parece que las plazas estuvieran desiertas, los jóvenes no estamos en las plazas ya.

Ramiro: “hay una sola plaza y está muy lejos. Van los niños. Si de vez en cuando así, la familia. Así... siempre se ven los familiares, los padres, que llevan a sus niños”.

En virtud de esas dificultades de acceso a los espacios recreativos como la plaza, los jóvenes reconocen la esquina como un espacio propio, como su zona de encuentro con sus pares. Es su manera de *ocupar* el espacio público, ellos *tienen* su esquina.

Alberto: “nos empezamos a juntar bastante en las esquinas, como que ahí también, como que en esa época cada vez había menos canchas, el barrio empieza a crecer, se empiezan a construir más casas que se yo, como que dejan estos pocos lugares que había espacios públicos dejan de estar y...bueno ahí, empiezan a aparecer más fuertes las esquinas también”.

La esquina se presenta como una dimensión que construye identidad, donde aprehenden cosas de su cultura, pero también donde aparecen los primeros enfrentamientos con la policía con los jóvenes.

Bocha: “Y yo ahí empecé a descubrir un mundo, empecé a descubrir el enfrentamiento que hay entre los jóvenes y la policía, entre la esquina y la policía...Era ver un patrullero y volar”.

Al igual que en las investigaciones relevada sobre conflictividad juvenil (Tonkonoff 2007 y Rodríguez 2016), el fútbol aparece como central en sus prácticas cotidianas. En sus relatos e incluso construyen sus propias canchas si no tienen donde jugar. Se convierte en un lugar donde transcurren muchas horas y donde interactúan con los más chicos y los más grandes. Antes o después del juego, toman algo o ponen música, como una forma de reinventar el territorio.

Alberto: “En el barrio no había nada, estábamos cerca de la circunvalación -la teníamos pegadita a la circunvalación- y ahí armábamos canchas, eso sí (...).Hacíamos muchas canchas con los

amigos, terreno baldío que había, lo hacíamos canchita y ahí nos juntábamos. La calle era como, el lugar donde jugábamos a la pelota”.

César: “después del fútbol nomás nos juntábamos en la casa de alguien, poníamos un poco de música, tomábamos un poco”.

Juan: “todos juegan al futbol...los no tan chicos también, algunos son grandotes y juegan al futbol mucho en la cancha y al metegol”.

Sin embargo también aparecen relatos como el uso de sus propios espacios públicos (la esquina y el fútbol) se van perdiendo o reduciendo en espacio actualmente, y para los jóvenes la interacción policial es una razón de esa reducción.

César: “Ahora a veces los jóvenes vamos a la plaza, puede ser para jugar un partido...pero termina el partido y chau...cada uno a su casa”.

Alberto: “la esquina era donde antes estábamos muchas, muchas horas. Había como más ocupación de la calle también”.

Cesar: “ahora, se usa más estar en tu casa, estar en la puerta cosa que si viene la cana te mandas adentro y listo”.

f) La interacción policial en el proceso de construcción de identidad colectiva

En el proceso de construcción de identidad colectiva se presenta una tensión irresuelta entre la definición que el Colectivo como parte de una cultura juvenil ofrece de sí mismo y el reconocimiento otorgado al mismo por el resto de la sociedad (Melucci 1996, 73), al menos por el reconocimiento que esto implica en la interacción policial. La dimensión relacional de la identidad colectiva resulta siempre de una especie de compromiso o negociación entre *autoafirmación* y *asignación identitaria*, entre *auto-identidad* y *exo-identidad* (Melucci 1990, 73) y aparece la renuncia a las dimensiones constitutivas de identidad colectiva para evitar la interacción policial. Los jóvenes entrevistados renuncian o esconden aquellos signos de su cultura que los identificaba y por lo tanto, constituían dimensiones centrales de pertenencia, para evitar la interacción policial.

Bocha: “la gorra no la uso más (...) salvo ponele mientras laburo”

César: “La vestimenta influye mucho. Si vos tenés unas buenas llantas y usas gorra, y tenés aros... todo eso hace que, hasta incluso a veces si no te vestís así pero sos, por ejemplo no sé, te vestís una onda rock pero pero vivís en ese barrio, lo mismo pasa, lo mismo. Y te preguntan donde vivís... ah ¿vos sos de Cerro Norte? A nosotros un cobani así, nos dijo que Cerro Norte, toda la parte de Arguello, de Cerro Norte, 9 de Julio, Rivera

Indarte, que están todos pegados, es zona roja. Para la policía, es zona roja”.

Sin embargo, relatan que realizan que estas renunciadas les producen sentimientos que también se contraponen con esa alegría de su cultura juvenil referenciada. En primer lugar, extrañan los signos a los renunciaron (gorra, flequillo, vestimenta) y relatan que las interacciones con la policía les producen vergüenza y humillación. La degradación a la que los exponen les genera violencia, sobre todo cuando relatan la frecuencia de las detenciones o demoras y la arbitrariedad de las mismas. También relatan el dolor y tristeza que sienten, sobre todo después de las detenciones, cuando reflexionan sobre eso.

Bocha: “cuando entendí como era su forma de clasificar a los, a los contraventores, los cagué digamos (...), yo extraño banda mi flequillo, lo extraño mucho, digamos, extraño mi flequillo con gel, bien dividido tuqui-tuqui y la barba, y hoy no lo puedo tener porque sé que sería el primer blanco, así, morocho, con flequillo: en cana”.

Ramiro: la gente pasaba, la gente miraba, se hizo un tumulto (...) eso me parece a mí muy violento, gritarte, ponerte arriba de un móvil, requisarte y que toda la gente pase y que te vea como, no sé como si te hubieras robado algo ya eso me parece muy violento para mí”.

Juan: “después queda el dolor y la tristeza así de que te lleven detenido injustamente y de no poder volver a tu casa porque sí, ¿no? De no recibir ayuda de nadie”.

César: “te da mucha bronca”

Consideran que como producto de esas interacciones policiales se refuerza un estereotipo de conflictividad que se relaciona con la cultura juvenil a la que pertenecen y la idea de que los jóvenes no tienen actividades para hacer, que “están en la nada”.

César: “la policía cree que los jóvenes estamos, en la nada, que no estudiamos, que no trabajamos y no tenemos otra cosa que hacer”.

También hacen referencia a las complicaciones laborales que se les presentaron por las detenciones frecuentes y por el certificado de antecedentes que se exige en los trabajos, que es el emitido por la Policía Provincial, donde se registran los antecedentes contravencionales, o por las demoras mismas que implican esas interacciones frecuentes que implican llegadas tardes o ausencias sin preaviso a empleos, en general, precarizados.

Ramiro: “muchas veces perdí trabajos por la cuestión que me llevaron detenido (...). También muchas veces quise conseguir trabajo y por el certificado de antecedentes no podía”.

IV- Conclusiones

Analizar al Colectivo y sus procesos de identificación juvenil, constituye un intento de poder sistematizar algunas referencias a esa cultura a la que se adscriben. Desde este enfoque en el cual se encuadra el presente trabajo, se concibe a la juventud de manera heterogénea y no globalizada, ya que existen factores sociales, políticos, geográficos, culturales y económicos, que inciden en la manera de ser joven. Se retoma el concepto de juventud como *categoría situada* o como *relación de posibilidades*, para evitar caer en la negación o negativizaciones que se observó en muchas investigaciones que abordan la conflictividad penal juvenil. En algunas de las investigaciones vinculadas al paradigma criminológico crítico tradicional se describe a los *jóvenes como productores de inseguridad* en las sociedades actuales, poniendo así en relevancia su carácter de *víctimas* del sistema penal, negándoles así su *existencia como sujeto total* y dejando de lado las otras relaciones sociales en las que esos jóvenes participan, y como se analizará, construyen identidad.

Desde este enfoque, se analizó a los jóvenes que integran el Colectivo como una *unidad empírica*, donde la acción colectiva es producto de procesos sociales múltiples y heterogéneos (Melucci, 1990: 70). Esto implica reconocer que integran una cultura juvenil antes que una cultura conflictiva (o delictiva, como se analizaba desde la perspectiva de los pibes chorros). Los jóvenes re-significan la dimensión de la apariencia, atribuyendo elementos constitutivos a la vestimenta, sobre todo la gorra, y se reafirman como parte de una cultura juvenil, la de los jóvenes de los sectores populares de la ciudad de Córdoba. En esa construcción de identidad espejo, toman los atributos considerados como negativos y los convierten en elementos constitutivos de identidad. Sin embargo, en ese proceso de construcción de identidad, se presentan elementos que la tensionan: la necesidad de cambiar, de modificarse para evitar la interacción policial. Renunciar a los signos que se presentan como característicos en su cultura se presenta como un elemento que tensiona esta identidad colectiva de la cultura juvenil. Las consecuencias que esas interacciones presentan en sus propias biografías se presentan como suficientes para desplegar todo tipo de estrategias para evitarlas. Incluso, la de renunciar a sus símbolos de cultura, aunque reconocen que esto es insuficiente.

Y tal como se referenció, no se considera a la identidad colectiva como un ente substancializado, donde se pretenda atribuirle homogeneidad interna o permanencia en el tiempo. La participación en el Colectivo se presenta para los actores como un acontecimiento contingente, y teniendo en cuenta este aspecto procesal de contexto, podemos observar las diferentes fases por las que atraviesa. El trabajo de campo se realizó en el período 2003-2013 y la distancia en el tiempo permite indagar sobre cómo se construye y se mantiene esa unidad empírica hoy. Y cabe hacer una reflexión acerca de lo complejo que implica en el tiempo mantener las participaciones políticas y como consecuentes, afirmar la construcción de

identidad colectiva a través de pertenencias compartidas para los jóvenes de sectores populares con interacción policial cotidiana. Con ello se refiere a que si bien el Colectivo sigue existiendo como tal y sigue organizando anualmente la Marcha de la Gorra, ninguno de los miembros fundadores permanece. Muchos de ellos se alejaron del Colectivo y podría considerarse que aquella fase de cohesión y solidaridad referenciada en el presente trabajo, se encuentra en la actualidad en una fase de declinación y lo se plantea el interrogante, si esta fase actual puede presentarse como un preanuncio de su disolución.

Lo que si puede observarse también, es que aquella actividad que funcionaba como unidad empírica para el Colectivo, la Marcha de la Gorra, con las características a las que se hizo referencia, se convirtió en una acción directa de muchos otros jóvenes. La apropiación social del evento puede observarse tanto en jóvenes de sectores populares no organizados, que se acercan a la misma sueltos o por la difusión que se realiza en actividades escolares; como jóvenes organizados de casi todo el arco político cordobés. Se presenta entonces como un fruto de la organización analizada, apropiado por numerosos jóvenes de esa cultura que ellos mismos provienen, y que por lo tanto, plantean nuevas formas de analizar esas construcciones de identidad colectiva, donde el límite entre la unidad empírica y los sujetos que sienten que ellos representan, se presentan como difusos y retroalimentados permanentemente.

En el presente trabajo se intentó analizar las dimensiones constitutivas de identidad colectiva de los jóvenes entrevistados, analizando las tensiones que se presentan en la interacción policial y el uso y reinención del territorio que realizan. Se procuró identificar aquellos elementos que los constituyen como pertenecientes a una cultura juvenil, en un tiempo y lugar determinado, que posee características comunes y diferenciadores de la cultura en la que se hallan insertos, como un aporte a la comprensión de un fenómeno determinado. Se presenta como relevante en el estudio del campo de juventudes y policía, ya que abarca un aspecto poco estudiado por la literatura consultada y permite aproximarse a un aspecto del fenómeno, que da cuenta de las dimensiones propias de los grupos juveniles y la relación de esas dimensiones con la interacción policial a la que se ven expuestos.

Bibliografía

Alarcón, C. (2012): *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*. Buenos Aires: Rústica.

Balcarce, F. (2012): (2012): “Relevamiento y análisis sobre la aplicación del Código de Faltas en la ciudad de Córdoba”, UNC- Univ La Rioja España.

Blazquez, G. (2011): *Hacer Belleza -Género, Raza y Clase en la noche de la ciudad de Córdoba*, Revista Atrolabio, N° 6, Pp. 127-157.

Bourdieu, P. (1990): *Sociología y Cultura*, México: Grijalbo/Consejo Nacional Para La Cultura y las Artes.

- Braslavsky C. (1986): “La Juventud en Argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro”, *Revista De Cepal*, Santiago De Chile. N° 29, Pp. 41-45.
- Carballo Villagra, P. (2005): *Culturas Juveniles: Teoría, Historia y Casos*, San José, Costa Rica, Facultad Latinoamericana De Ciencias Sociales.
- Casal, J. (2002): “Políticas públicas sobre Juventud”, *Revista de Estudios de Juventud*. España, Injuve (Instituto De La Juventud), N° 59, Pp. 35-49.
- Chavez, M. (2005): “Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la argentina contemporánea”. *Revista Última Década*, Volumen 13, Santiago De Chile, N°23.
- Cloward, r. y Ohlin, l. (1960): *Delinquency and Opportunnity: A Theory of delinquentGangs*. Florence, Inglaterra: Ed. Routledge.
- Cohen, A. (1955): *Delinquent Boys*. Chicago: The Free Press of Glencoe.
- Cozzi, E. (2013): *De clanes, juntas y broncas*. Tesis de Maestría no publicada. Universidad Nacional del Litoral. Facultad de Ciencias jurídicas y sociales. Maestría en Criminología, Argentina.
- Daroqui, A. (2003) *Las seguridades perdidas*. Argumentos- Revista de crítica social N° 2. Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS- UBA: Bs. As.
- Daroqui, A. y Guemureman, S. (2007): “Ni tan grande, ni tan chico: realidades y ficciones de los vínculos familiares en los sectores urbanos pauperizados”, en Bergalli, R. Y Rivera Beiras, I. (Comp.) *Jóvenes y adultos: el difícil vínculo social*, Barcelona, Anthropos Editorial.
- Dávila León, O. (2004): “Adolescencia y Juventud: de las nociones a los abordajes”, *Revista Última Década*, del Centro de Estudios Sociales Cidpa, V.12 N.21, Pp. 83-104. Valparaíso – Chile.
- Elizalde, S. (2013): “Usos regulatorios de la edad y la generación: lugares de enunciación y (sub) alteridades en pugna”, en *Jóvenes y Política: Reflexiones En Torno Al Voto Joven En Argentina* (Pp. 37- 44), La Plata, Ediciones De Periodismo y Comunicación.
- Feixa, C. (1998): *De Jóvenes, Bandas y Tribus*, Antropología De La Juventud, Barcelona (3 Edicion- Año De Edición Original: 1992), Editorial Ariel.
- Garcés Montoya, A. (2005): *Nos-Otros Los Jóvenes, Polisemias de las Culturas y Los Territorios Musicales En Medellín*, Colombia, Editorial Universidad De Medellín.

- Giménez, G. (2003): *La cultura como identidad y la identidad como cultura*, México, Unam, Instituto De Investigaciones Sociales
- Goffman, E. (1989): *La Presentación De La Persona En La Vida Cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Grimson, A. (2010): “Cultura, Identidad: dos nociones distintas”, *Social Identities*, Vol. 16, N° 1, Pp. 63-79.
- Isla, a. y Miguez, D. (coords.) (2003). *Heridas Urbanas: violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: FLACSO.
- Kessler, G. (2012): “Movilidades laterales: delito, experiencia urbana y cuestión social”, *Revista De Ciencias Sociales*, Ds-Fcs. Vol. 25. Montevideo.
- Margulis, M. (2001): “Juventud: una Aproximación Conceptual”, en Solum, Donas Burack, (Comp.). *Adolescencia Y Juventud En América Latina*. Libro Universitario Regional, Cartago.
- Melucci, A. (1990). “La Acción Colectiva como construcción social”, *Estudios Sociológicos*, Vol. 9, N° 26, Pp. 10-14.-----
----- (2001): *Challenging Codes: Collective Action In The Information Age*, Cambridge University Press.
- Miguez, D. (2004): *Los Pibes Chorros. Estigma y Marginación*, Buenos Aires, Editorial Capital Intelectual. -----
----- (2008). *Delito y cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*. Buenos Aires: Editorial Biblos
- Miller, W. (1958). Lower Class Culture as a Generating Milieu of Gang Delinquency. *Journal of Social Issues* Vol. 14, pp. 5-19.
- Park, R. (2008): La organización de la comunidad y la delincuencia juvenil. *Revista Delito y Sociedad* Volúmen 1 N° 25. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral (trabajo original publicado en Chicago, EEUU, 1925).
- Plaza Schaefer, V. (2016): *La política de seguridad de la ciudad de Córdoba en el período 2003-2013 a partir de la mirada de los jóvenes organizados contra la violencia policial y el derecho contravencional*, Tesis doctoral Cs. SS. UBA, inédita, 2016.
- Previtali, M. (2011): “Legitimidades en las violencias, enfrentamientos, bailes y policías en jóvenes de Villa el Nailon, Córdoba”, *Revista Interferencia*, Derechos Y Seguridad Humana, Observatorio De Prácticas En Derechos Humanos, Unc. Vol. 1 Nro. 2. Año 2011.

Puebla, D.; Torti, S.; Marty, C. (2012). Adolescentes infractores: prácticas de las agencias del sistema penal juvenil. *Revista Interferencia, Derechos y Seguridad Humana.*

Observatorio de Prácticas en Derechos Humanos. UNC. Vol. 0 Nro. 2. Rodrigo, F. (2012). Dossier de jóvenes y legalidad: reconfiguraciones en el abordaje de la conflictividad penal juvenil. La Plata: Ediciones Periodismo y Comunicación EPC Universidad nacional de la Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

Reguillo Cruz, R. (2000): *Emergencia De Culturas Juveniles. Estrategias Del Desencanto*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

Rodríguez Alzueta, E. (comp.) (2016): *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. La Plata, Malisia.

Rousseau, J. (1998): *Emilio o De la educación*, Madrid, Alianza.

Simmel, Georg (2011). *El Conflicto De La Cultura Moderna*, Córdoba, Universidad Nacional De Córdoba- Encuentro Grupo Editor.

Tonkonoff, S. (1998): Desviación, diversidad e ilegalismos, comportamientos juveniles en el gran Buenos Aires. *Delito y sociedad*. Año 7. N° 11/12 Pág. 139/168. Buenos Aires: Editorial La Colmena. -----

----- (2007a): Tres movimientos para explicar porque los Pibes chorros usan ropa deportiva. En *La sociología ahora*. Pág. 149-165. Buenos Aires: Siglo XXI.-----

----- (2007b): *Juventud, exclusión y delito. Notas para la reconstrucción de un problema*. *Revista Alegatos* N° 65, pp. 33-46. México.